

# CUADERNOS DE HISTORIA 21

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2001

---



## LA HISTORIOGRAFÍA CONSERVADORA CHILENA EN LAS DÉCADAS DE 1860 Y 1870

*Pablo Andrés Toro Blanco\**  
Universidad Alberto Hurtado

### *Introducción*

**E**n las siguientes páginas pretendemos abordar, a partir de una mirada a la obra de tres de sus representantes, algunos aspectos de la historiografía conservadora del siglo XIX en Chile. Nos interesa determinar si es que hubo, efectivamente, una interpretación conservadora del pasado histórico nacional que pueda ser reconocida por su organicidad y que resalte con trazos distintos a la construcción de tinte liberal y positivista que alcanzó grados de monumentalidad en la tradición conformada por los numerosos volúmenes de sus principales representantes, tales como Miguel Luis Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna y, sobre todo, Diego Barros Arana. Además, buscamos una caracterización de las tendencias, temáticas e influencias que informan los modos de escritura histórica de aquellos historiadores que hemos seleccionado por su adscripción a una *imago mundi* conservadora.

\* El autor desea expresar su agradecimiento al profesor Sergio Villalobos R. por su estímulo para desarrollar y publicar este artículo.

## 1. *Una mirada general a la historiografía chilena del siglo XIX*

No puede pasar inadvertido al observador atento que la historiografía tuvo un destacable desarrollo durante el siglo XIX. La construcción de una memoria histórica legitimadora del respectivo presente, llevada a cabo fundamentalmente a través de una clave republicana y liberal, fue una tarea que se presentó en múltiples planos: supieron de ella la cátedra universitaria, la discusión a través de la prensa, la investigación acuciosa y la publicación de numerosos textos de todo orden que lograron cimentar una auténtica tradición historiográfica en nuestro país. No en vano destacaba el célebre intelectual español Menéndez Pelayo, ya en los inicios del siglo XX, que en nuestro país “no hay rincón de la historia que los chilenos no hayan escudriñado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman e ilustren con comentarios”.

El camino de la historiografía chilena se despliega, salvo algún escaso antecedente de raigambre colonial, a partir del desarrollo cultural experimentado por el país durante los gobiernos conservadores. La renovación cultural que se vive hacia la mitad del siglo está íntimamente ligada al temprano ordenamiento político e institucional y a un proceso de expansión económica, factores ambos que insuflan en la atmósfera intelectual de la época una sensación de optimismo y orgullo por el camino recorrido. Esta percepción se enmarca, a su vez, en un desarrollo de más hondo arraigo en el ámbito global: el optimismo propio de la modernidad, en alegre despliegue durante el siglo XIX, que configura a éste como una centuria de progreso de las ciencias, la industria y la civilización. La historiografía cumple, en este contexto, la misión de forjar y reforzar la conciencia nacional, proceso que se vive de modo generalizado en toda la América recientemente independizada, entregando certidumbre acerca de los basamentos sobre los cuales se construye el futuro del país<sup>1</sup>.

Cabe, pues, un lugar destacado a la historiografía en la construcción de una identidad nacional durante el siglo XIX. Esta dimensión utilitaria del conocimiento histórico se halla tácitamente en polémica, sin embargo, con los desarrollos teóricos provenientes de Europa que buscan dotar a la historiografía de un método que la haga viable como disciplina sistemática y, avanzado el siglo, con vínculos cada vez más sólidos con el desarrollo global de las

<sup>1</sup> Cfr. Sergio Villalobos R., “Una vida y una obra” (estudio introductorio), en Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 2000. Tomo I, p.xxxvii.

ciencias<sup>2</sup>. Es un problema de peso, frente al cual se definirán al menos dos campos de opinión claramente distinguibles: por una parte, la concepción de la historiografía como una investigación articulada en torno a los hechos, siendo éstos el núcleo significativo de la historia, ante el cual elaborar cadenas de explicación causal, descripciones y conjeturas plausibles y, en el otro extremo, la noción de que se debe buscar y demostrar en la historia la existencia de determinadas regularidades, la adaptación y encuadre de los acontecimientos en estructuras conceptuales de amplio sentido explicativo, ante las cuales el despliegue interpretativo surge como un paso fundamental. En definitiva, nos referimos a la controversia entre una historia *ad narrandum* y una historia *ad probandum*.

La historiografía chilena se vio enfrentada a tal encrucijada y tuvo mayor acogida la postura representada a través de la figura de Andrés Bello, que proponía una estricta consideración de los hechos, una investigación acuciosa de ellos y una actitud de permanente atención al núcleo documental con el cual se construía la verdadera historiografía, alejada de lo que en la época se denominaba “filosofías de la historia” o “sistemas históricos”. Esta opción colectiva de la mayor parte de los historiadores nacionales, muchos de ellos formados además en torno a la influencia directa o indirecta del sabio caraqueño, habría definido el carácter de nuestra historiografía como comprometida con una disciplina de análisis frío y razonado de los hechos y documentos, y con un espíritu de cierto desasimiento respecto a las contingencias en las que se daba cada producto historiográfico específico. En virtud de esta opción es que el conocimiento histórico se consolida en nuestro país a través de diversos cultores, aunados en torno a esta visión común de la naturaleza del quehacer historiográfico.

No obstante lo anterior, es legítimo preguntarse si efectivamente toda la historiografía nacional del siglo XIX adhirió con igual entusiasmo a la doctrina de una historia de frío análisis y rigor extremo, apegada fielmente al dictado de los documentos y los hechos. Esta eventual asepsia de la labor de nuestros historiadores ha sido puesta en duda de modo sistemático, tanto en sus alcances metodológicos, como, especialmente, en cuanto a sus objetivos implícitos. Un autor ha hablado acerca de los *usos de la historia* durante el siglo

<sup>2</sup> Un contexto global de las diversas tendencias en el desarrollo de la historiografía europea durante la última parte del siglo XVIII y en el siglo XIX se puede hallar en los textos de Eduard Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, Editorial Nova, Buenos Aires, 1953 (referido especialmente al caso alemán) y, más recientemente, Guy Bourdély y Hervé Martin, *Las escuelas históricas*, Akal, Madrid, 1992 (centrado en la historiografía francesa).

XIX, afirmando que, por debajo de un pretendido consenso en torno a los modos concretos de llevar a cabo una comprensión del pasado, se colaban en cada autor propósitos contingentes al hacer historiografía<sup>3</sup>.

A partir de lo anterior, pretendemos perfilar a la historiografía conservadora chilena, en orden a cotejar la existencia de un *uso conservador de la historia* y determinar qué elementos lo constituían. Para ello, procederemos a individualizar a algunos autores de esa tendencia

## 2. *Definición de un corpus historiográfico conservador*

Nos parece necesaria una breve aclaración introductoria en este tema. La posibilidad de definir un cuerpo reconocible de historiografía conservadora supone una precisión instrumental acerca del adjetivo que establece los contornos de tal historiografía. Si atendemos al hecho de que lo conservador es, en Chile de mediados del siglo XIX, una actitud cultural genérica y no propiamente una posición ideológica concreta, se hace plausible efectivamente referirse a historiografía conservadora, cosa que no sería viable si se buscara en ella un fundamento radicalmente alternativo al orden político, social y económico y a la legitimidad de éste<sup>4</sup>. Como ya hemos indicado, nuestro problema es identificar y caracterizar a la historiografía conservadora nacional en un panorama en que el *sentido común* de la labor de estudio del pasado histórico transitaba por las aguas del liberalismo, a veces calmas y en otras turbulentas y propensas a la polémica con consecuencias en la contingencia. No encontraremos una posición conservadora que se aparte radicalmente del optimismo liberal y la creencia en el progreso y la ampliación de las libertades que predomina en la época.

Vistas así las cosas, hemos centrado nuestro análisis en dos historiadores de amplio reconocimiento por su aporte al conjunto de la historiografía chilena, Crescente Errázuriz Valdivieso (1839-1931) y Ramón Sotomayor Valdés (1830-1903). Junto a ellos, hemos incorporado a Carlos Walker Martínez

<sup>3</sup> Cfr. Allen Woll, *A functional past. The uses of history in nineteenth-century Chile*. Louisiana State University Press, 1982.

<sup>4</sup> En el sentido de propuesta ideológica alternativa al orden liberal democrático, el conservadurismo chileno no habría tenido organicidad sino en el siglo XX. Es lo que sostienen Renato Cristi y Carlos Ruiz en *El pensamiento conservador en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1992, p. 9.

(1842-1905), hombre público, polemista y literato, que también incursionó en el terreno de la historia, aunque con bastante menos impacto académico. Nos interesa su obra en cuanto es una interpretación explícitamente conservadora de la historia nacional, especialmente en lo que se refiere a la figura de Portales.

Nos parece que puede hablarse con propiedad de una escuela histórica conservadora en el caso de Chile decimonónico solo en cuanto a una postura genérica frente a determinados asuntos históricos, pero no en virtud de un plan coherente ni una metodología específica, ni una concepción de la historiografía radicalmente distinta a la del mundo liberal. No se manifiesta una orientación colectiva y sostenida en el tiempo de historiadores que, coordinadamente, elaboren una interpretación conservadora unitaria de la historia nacional ni que beban doctrinariamente de las mismas fuentes. Más bien, apreciamos a estas figuras como historiógrafos que se desempeñan en un espacio cronológico más o menos compartido, dado el hecho de que nacen en torno a la misma época y son todos protagonistas del debate cultural propiciado por la transición política que llevará, desde mediados de la década de 1860 e inicios de la de 1870, a un cuadro de hegemonía liberal. Este sería un criterio de pertenencia de ellos a una imagen conservadora del mundo amenazada con los avances persistentes del laicismo en el plano religioso y la fragmentación de la majestad presidencial en el campo político.

Otra situación que nos hace relativizar la posibilidad de hablar de una escuela historiográfica conservadora es la diversidad de objetivos, temas e intereses que yacen tras cada uno de estos autores. Esto es así ya que nos hallamos ante un historiador eclesiástico como Crescente Errázuriz, al menos en su primera etapa de labor, que ha definido su trabajo en torno a la defensa del rol histórico de la Iglesia chilena, mientras que en Sotomayor Valdés y Walker Martínez confluye, con variados matices en cuanto al enfoque y a la serenidad de su discurso, una valoración histórica de la figura de Diego Portales y, por su conducto, de toda la época de hegemonía política pelucona<sup>5</sup>.

No nos es posible, en el limitado trecho de estas páginas, desarrollar un perfil biográfico acabado de cada uno de estos intelectuales<sup>6</sup>. No obstante,

<sup>5</sup> La obra historiográfica de Crescente Errázuriz tiene una segunda etapa, ya en el siglo XX, cuando publica la mayor parte de sus estudios sobre los primeros años de la Conquista y la Colonia, ya que su clausura religiosa (1884-1900) lo mantuvo al margen del quehacer histórico activo.

<sup>6</sup> Sobre este tema existe amplia bibliografía que, como suele suceder en la construcción de los discursos biográficos, frecuentemente roza lo hagiográfico. En el caso de Crescente Errázuriz: Fidel Araneda Bravo, *El Arzobispo Errázuriz y la evolución política y social de*

haremos resaltar algunos aspectos de su vida que están vinculados directamente a nuestro interés principal. Uno de ellos es que, como se ha dicho, son protagonistas del debate público propio de las décadas de 1860 y 1870, aunque desde escenarios distintos. Así, por ejemplo, Crescente Errázuriz figura a inicios de la década de 1860 llevando a cabo una polémica historiográfica con Miguel Luis Amunátegui a propósito del rol de la iglesia en Chile<sup>7</sup>. Por su parte, Ramón Sotomayor Valdés y Carlos Walker Martínez participan en el proceso de construcción del mito histórico conservador de Diego Portales, en diálogo con las perspectivas de Lastarria y Vicuña Mackenna<sup>8</sup>. En todas estas situaciones, que apreciamos significativamente marcadas por su contexto, la valoración del orden, la tradición y el pasado, no como rémoras o cadenas, sino como cimientos para un desarrollo paulatino y gradual, son elementos comunes a esta mirada conservadora y le otorgan algún grado de parentesco a las obras de nuestros autores.

### 3. *Tendencias, influencias y temas de la historiografía conservadora*

Según hemos indicado, la definición de lo conservador en la época estudiada se construye en torno a la valoración del orden y la tradición, lo que puede suponer la existencia, a lo menos, de dos grandes ramas de historiografía: una propiamente eclesíástica o ligada a la vindicación del rol de la Iglesia en la historia de Chile y otra comprometida con una visión laica de la realidad, pero tributaria del orden y la estabilidad política. En la primera se inscribe la primera etapa de la obra de Crescente Errázuriz, sobre quien haremos algunas

---

*Chile*. Editorial Jurídica, Santiago, 1956; también es reveladora su propia autobiografía, *Algo de lo que he visto*. Editorial Nascimento, Santiago, 1934. En cuanto a Ramón Sotomayor Valdés: Fidel Araneda Bravo, "Don Ramón Sotomayor Valdés", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 9, 1937, pp. 116-133; Enrique Brahm García, *Tendencias críticas en el conservantismo después de Portales*. Editorial Universitaria, Santiago, 1992; y del propio Sotomayor Valdés sus "Noticias autobiográficas", en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 20, Santiago, 1953. Sobre Walker Martínez, probablemente por su apasionada actuación en el campo político, no disponemos sino de textos especialmente laudatorios tales como: Pedro Nolasco Cruz, *Don Carlos Walker Martínez*. Imprenta y Litografía Barcelona, Santiago, 1904, y el homenaje de sus nietos Francisco y Jaime Rivas Walker, *Carlos Walker Martínez. Una juventud modelo*, Imprenta Universo, Santiago, 1930.

<sup>7</sup> Cfr, Woll, *op.cit.*, pp. 98-102.

<sup>8</sup> Sobre este proceso, es recomendable el texto de Sergio Villalobos R., *Portales, una falsificación histórica*. Editorial Universitaria, Santiago, 1989, pp. 14-21

referencias acerca de su aporte historiográfico y su concepto de cómo debe ser escrita la historia.

Se ha caracterizado a Crescente Errázuriz Valdivieso como un historiador excesivamente apegado a los documentos y poco dado a elaborar cualquier tipo de interpretación. Su estilo narrativo ha sido definido como correcto, aunque seco y monótono y, en opinión del comúnmente poco lisonjero Francisco Antonio Encina, su obra cae en el terreno de la mera crónica histórica<sup>9</sup>. Tal como sucedería con Barros Arana, según Encina, “una bóveda de bruñido acero enclaustra el vuelo de su pensamiento”<sup>10</sup>. Además, en palabras del mismo agudo crítico, Errázuriz adolece de una “insensibilidad cerebral para percibir lo psíquico”, que le alienaría la posibilidad de pasar más allá de una historia cronológico- anecdótica y penetrar en el espíritu de las épocas que estudia<sup>11</sup>. Frases tan cargadas de acerba crítica no se hallan, empero, muy lejos de la realidad ya que, efectivamente, este historiador no es generoso en el trazo de panoramas sintéticos u ordenamientos a partir de conceptos generales, sino que sigue muy fielmente los pasos de una historia cronológica y de verificación casi escolástica de hecho por hecho de los que incluye en su discurso. En este sentido, se nota en Errázuriz un afán crítico muy marcado. Por ende, es un representante cabal del rechazo a la historia hecha en torno a *sistemas*, como veremos más adelante.

No obstante lo indicado, es posible percibir en el estilo de Errázuriz una habilidad profunda para la penetración en la hondura y complejidad de determinadas circunstancias históricas. Sin que ello lo haga formar parte de una historiografía especulativa y deductiva, nuestro autor asume un cierto tono de intérprete en situaciones como, por ejemplo, los capítulos que dedica a la disputa por el gobierno después de la muerte de Pedro de Valdivia.

A lo largo de su trabajo historiográfico, Crescente Errázuriz enfrentó a variados contradictores, y en esas polémicas dejó de manifiesto algunos de sus principios como historiador. En debate con Barros Arana, sostenía que “el historiador, piense como quiera, pero falsea la realidad si vacía a los hombres en su propio molde y les achaca creencias y carácter opuesto a los que le eran propios”<sup>12</sup>. Para nuestro autor, el historiador debe evitar proyectar sus intereses

<sup>9</sup> Francisco Antonio Encina, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena”, en *Atenea*, n° 291-292, 1949, pp. 64-65.

<sup>10</sup> Es la tajante afirmación que hace en *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*. Editorial Universitaria, Santiago, 1997 [1ª edición: 1935], p. 66.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 159.

<sup>12</sup> Crescente Errázuriz, “Una controversia sobre la religiosidad de O’ Higgins”, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 23, Santiago, 1942, p. 80.

ideológicos en el pasado. Esta situación podría hallarse en profunda tensión con la posibilidad de construir una historia eclesiástica *desde* la Iglesia, pero Errázuriz no lo concibe así, ya que él distingue claramente la fe y la historia como campos separados. Esto se deja ver en la extensa polémica que sostiene con el Padre Zoilo Villalón s.j. sobre la figura de Luis de Valdivia, cuando plantea que “el historiador católico se sentirá feliz al narrar las virtudes y los altos hechos de un personaje que es su hermano en la fe; mirará en él una de las glorias de la Iglesia; pero se guardará de confundirlo con la causa misma de la Iglesia y sabrá, en caso necesario, juzgarlo y censurarlo a la luz de la verdad, que sólo busca y defiende, y que está a una distancia inconmensurable sobre todos los personajes de la humana historia”<sup>13</sup>.

En su polémica con Miguel Luis Amunátegui por su obra *Los precursores de la Independencia*, Errázuriz define con claridad su posición frente a la historia *ad probandum*: “Nada más peligroso para la verdad histórica que los sistemas históricos. Sin duda, no sólo es lícito, es necesario al historiador estudiar los hechos que narra, sacar de ellos las consecuencias lógicas y, descorriendo el velo de lo pasado, mostrar a los contemporáneos y las generaciones de lo porvenir las provechosas lecciones de la experiencia: ese estudio se llama la filosofía de la historia y separa a esta de la simple crónica. Empero, como todas las ciencias, tiene sus reglas y sus límites que el escritor no puede traspasar sin desfigurar lo que debiera describir”<sup>14</sup>.

En definitiva, podemos apreciar que, en lo referente a sus primeros aportes históricos, Crescente Errázuriz está instalado claramente en el terreno de una historiografía que rechaza los modelos interpretativos globales y reivindica la búsqueda de la verdad histórica más allá de intereses contingentes. No obstante, no la metodología sino la temática de sus obras va a situarlo en una posición de trinchera: la aparición de *Los orígenes de la Iglesia Chilena* es una respuesta directa a una interpretación liberal del rol histórico de la Iglesia en Chile y Errázuriz no va a poder sustraerse de dar relieve a lo favorable y enaltecedor de los primeros años de presencia eclesiástica en nuestro país.

Ramón Sotomayor Valdés se encuentra circunscrito a la otra rama de la historiografía conservadora, de acuerdo con lo mencionado párrafos atrás. Su entrada en la tradición histórica nacional está ligada a la descripción del período de gobierno de José Joaquín Prieto y especialmente a la figura de Diego

<sup>13</sup> Es lo que afirma en sus *Estudios históricos. Obras de Crescente Errázuriz* (Selección y notas de Raúl Silva Castro). Editorial Zig-Zag, Santiago, 1936, tomo II, p. 88.

<sup>14</sup> *Los orígenes de la Iglesia Chilena. 1540-1603*. Imprenta del Correo, Santiago, 1873, p. 21.



Portales. Encina, cuyos juicios incisivos hemos considerado anteriormente, afirma sobre Sotomayor Valdés que “su obra es, quizás, el mejor trozo de historia general que hasta hoy se haya escrito en Chile, no sólo por la solidez de la investigación, sino también por la ausencia del trabajo de taracea, que deforma el contenido de los documentos para embutirlos en el andamiaje ideológico preconcebido. Entre los historiadores del siglo XIX, Sotomayor Valdés es el menos apasionado, y el que poseyó mayores dotes literarias”<sup>15</sup>. Es una percepción que comparten otros estudiosos de la historiografía nacional<sup>16</sup>.

En la obra de Sotomayor Valdés el tema religioso no es un eje central del relato. Ello se debe a la propia formación del autor, poseedor de una amplia cultura y lector de diversos teóricos, cuyas doctrinas fue amalgamando en una síntesis personal en que la idea del orden y la gradación del cambio político como supuestos del progreso eran fundamentales. En la base de este ideario se hallaban incluso ciertas influencias positivistas<sup>17</sup>. El conservadurismo de Sotomayor Valdés está construido sobre una poderosa valoración del rol de la tradición, pero inmerso en el continente de las ideas de libertad y progreso. No es un reaccionario cerril sino que, en su mirada a la historia nacional, acentúa la estabilidad como condición necesaria para el desarrollo de la civilización. Así, por ejemplo, cuando se refiere a los intentos democratizadores expresados a través de la creación de la Legión del Mérito indica que “O’Higgins había querido borrar de un golpe en el espíritu de las costumbres lo que solamente la libertad, la educación y el lento progreso de las ideas, podían extirpar sin violencia, a saber; la división jerárquica de la sociedad, que subsistía en las costumbres, sin estar ya autorizadas por las leyes”<sup>18</sup>.

En virtud de lo anterior, Sotomayor Valdés puede ser reputado como uno de los principales divulgadores de la visión pelucona de la historia de Chile, en la que el éxito conservador después de la anarquía pipiola legitimaba el tema del orden como algo fundamental<sup>19</sup>. Así, el período de predominio

<sup>15</sup> Es lo que sostiene Francisco Antonio Encina en su *Breve bosquejo...op.cit.*, pp. 48-49.

<sup>16</sup> Sergio Villalobos reconoce el “esfuerzo de objetividad” de Sotomayor Valdés frente a la arrebatadora figura de Portales. Cfr. Villalobos, *Portales... op.cit.*, p. 17.

<sup>17</sup> Es lo que sostiene, en relación con los años juveniles de Sotomayor Valdés, Enrique Brahm García, *op.cit.*, p. 155 y ss.

<sup>18</sup> Ramón Sotomayor Valdés, *Historia de Chile bajo el gobierno del general D. Joaquín Prieto*. Imprenta Esmeralda, Santiago, 1900-1903, volumen I, p. 25 (nota a pie de página).

<sup>19</sup> Simon Collier en su artículo “Conservantismo chileno, 1830-1860. Temas e imágenes”, en *Nueva Historia*, nº 7, Londres, 1982, pp. 146, ilustra este punto y la importancia que este tópico tuvo para la mentalidad conservadora chilena.

pelucón era integrado, en la visión de Sotomayor Valdés, a un decurso de la historia nacional en que, tras lo que los conservadores entienden como extravío anárquico, “la Providencia ha querido que los pueblos, como los hombres, hallen más tarde o más temprano dentro de sí mismos, en su experiencia y en su conciencia los elementos de su regeneración. Así es como de entre aquellos bandos lisiados de pasiones, que tanto habían abusado de las mismas debilidades de la administración y contribuido a la agitación, debía salir un partido confuso, heterogéneo al principio y sin más lazo de unión que su común propósito de desquiciar al Gobierno; pero que, andando el tiempo, debía depurarse y convertirse bajo la influencia de sus hombres eminentes en un poder homogéneo, disciplinado, activo, que cambiaría por completo la faz de los negocios públicos y de la sociedad misma”<sup>20</sup>.

Sotomayor Valdés ve a la historia como una suerte de tribunal que, considerando ciertos principios que informan la evolución de las comunidades humanas, siempre elabora su veredicto a partir de la consideración de los hechos, cuerpo y alma de la historia. Esto lo lleva a sostener, ante el estudio de la coyuntura de la guerra civil entre pipiolos y pelucones y la posterior hegemonía de éstos, que “toda revolución se apoya generalmente en la ley de la necesidad, que implica la conservación y el progreso de las sociedades humanas. El proceso y juicio de una revolución no corresponde a las leyes escritas, sino a la conciencia de las generaciones y al criterio de la historia”<sup>21</sup>.

Para nuestro autor, “la historia, que es el mejor comentario de las instituciones, debe ser estudiada y contemplada como los grandes cuadros de perspectiva, poniendo espacio por medio para abrazar el conjunto y sentir sus efectos”<sup>22</sup>. Sotomayor Valdés confía en la posibilidad de una reconstrucción histórica que se ajuste fielmente al núcleo sólido de los hechos y que aborde un objeto lo suficientemente distante en el tiempo como para poder percibir sus consecuencias. En esta apreciación se apoya en Simonde de Sismondi y su *Estudio sobre las constituciones de los pueblos libres*<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> Ramón Sotomayor Valdés, *op. cit.*, volumen I, p. 27.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 48.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, pp. 255-256.

<sup>23</sup> Jean-Charles Leonard Simonde de Sismondi (1773-1842), economista e historiador suizo, crítico del liberalismo económico clásico y antecedente de la teoría de la plusvalía, desarrollada posteriormente por Marx. En su faceta de historiador, publicó la *Histoire des républiques italiennes du Moyen Age*, entre 1809 y 1818, que es considerada un antecedente teórico de la unificación italiana.

Acerca de Carlos Walker Martínez no existe una crítica sistemática de su obra, ya que no se considera que ésta se eleve por sobre el nivel de las pasiones y los intereses en que el autor se hallaba comprometido. Para Walker Martínez la historia fue una forma de combate más en la defensa de sus puntos de vista acerca de la contingencia y no logró consolidarse como un discurso valioso por sí mismo, pese a que en sus textos manifestaba pretender seguir algunos principios propios de la historiografía que se estaba elaborando en el país. Así, por ejemplo, protestaba que habría de juzgar de modo ecuánime y objetivo a los sucesos y los protagonistas del pasado y “no conforme a lo que nosotros haríamos en el día presente, sino de acuerdo con las ideas y las necesidades de la época en que les cupo figurar”<sup>24</sup>.

Al emprender la redacción de *Portales*, nuestro autor se planteaba como tarea estudiar a su personaje mediante una investigación “libre de odios y de afecciones previas”<sup>25</sup>. Indudablemente, tras esta promesa se alza el modelo de la objetividad histórica que, en estricto sentido, Walker Martínez abandona a poco de comenzar cada uno de sus escritos. Es algo que salta a la vista del lector de su *Portales*, así como de sus propios admiradores. Un biógrafo suyo lo manifiesta con escueta franqueza: “escasea en esas páginas la narración sencilla y tranquila y el raciocinio sosegado”<sup>26</sup>. Pocos años después, la publicación de su juicio al gobierno de Santa María hace que el talante histórico de su plan palidezca, en virtud del apasionamiento de sus juicios contra el presidente liberal y la escasa distancia temporal entre los sucesos y su narración. En rigor, dicha obra se alza como una diatriba contemporánea antes que como un estudio histórico propiamente tal<sup>27</sup>.

Carlos Walker Martínez bebe de diversas fuentes doctrinarias que le entregan organicidad a su forma de mirar el pasado. Entre ellas cabe mencionar a Edouard Laboulaye (1811-1883), abogado y profesor de Historia de la Legislación Comparada en el Colegio de Francia, que fundó la *Revue historique de droit* y se caracterizó por una fuerte defensa del gradualismo en los cambios políticos. Para nuestro autor, esta influencia es importante en cuanto reafirma

<sup>24</sup> Carlos Walker Martínez, *Portales*. Imprenta Lahure, París, 1879, p. 7.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 5.

<sup>26</sup> Pedro Nolasco Cruz, *Don Carlos Walker Martínez*, Imprenta y Litografía Barcelona, Santiago, 1904, p. 19.

<sup>27</sup> *La Historia de la administración Santa María*, Imprenta de El Progreso, Santiago, 1890, 2 volúmenes, abunda en acusaciones de corrupción, intervencionismo y sectarismo liberal, lo que le imprime un tono que se halla en las antípodas del ideal de la objetividad histórica que enmarca el desarrollo de la historiografía durante la época.

el peso de la tradición y la defensa de la libertad de enseñanza, asunto candente en las discusiones públicas de nuestro país en la década de 1870.

Otra influencia que es particularmente importante para entender los escritos históricos de Walker Martínez es la de Thomas Carlyle, figura cimera de la biografía histórica del siglo XIX. Su programa histórico se definía por un *culto a la figura histórica* como queda de manifiesto en esta cita: “como yo lo veo, la Historia Universal, la historia de lo que el hombre ha logrado en este mundo, es en el fondo la Historia de los Grandes Hombres que han trabajado acá. Ellos fueron los líderes de los hombres, esos grandes; los modeladores, figuras, y creadores en un amplio sentido, de todo aquello que la masa general de los hombres ha tramado hacer o lograr(...)”<sup>28</sup>. El propio Walker Martínez hace suyo este credo cuando, en la presentación de su biografía de Diego Portales sostiene que “los hombres providenciales han existido y existirán siempre. Son grandes caracteres que la humanidad necesita en todos los ramos de la vida social”<sup>29</sup>.

#### 4. ¿Hubo en Chile una “escuela historiográfica conservadora” en el siglo XIX?: Algunas conclusiones

En las páginas precedentes se ha pasado revista a tres autores caracterizados como representativos de la historiografía conservadora chilena del siglo XIX. Hemos pretendido ilustrar sumariamente cómo se han percibido con posterioridad sus trabajos históricos, qué ideas principales sustentan su exposición y cuáles han sido sus influencias doctrinarias. Toca ahora señalar, a la luz de estos antecedentes, una respuesta a la pregunta que encabeza esta parte final.

Hemos adelantado que el desarrollo global de la historiografía en nuestro país durante el siglo XIX se encuentra definido por el predominio de la historia apegada a la reconstrucción minuciosa del pasado, *ad narrandum*, y por la distancia frente al uso de modelos explicativos generales con los cuales juzgar los acontecimientos. No obstante, si hemos de ser rigurosos en el análisis, debemos incorporar una mirada que considere que, más allá del instrumental

<sup>28</sup> Thomas Carlyle, *On heroes, hero-workship and the heroic in history*. Chapman and Hall, Londres, 1904 [primera edición: 1872], p. 1. La traducción es nuestra.

<sup>29</sup> Carlos Walker Martínez, *Portales*, p. 4.

teórico con el que los historiadores abordan el estudio del pasado humano, siempre distingue a su trabajo una subyacente concepción del mundo que se encuentra vinculada inevitablemente a la coyuntura específica en que cada historiador escribe. Las urgencias del respectivo presente no son abolidas, ni podrían serlo ni es totalmente deseable que así sea, en cada visita que el investigador realiza hacia las tierras de lo pretérito. En el caso de Errázuriz, Sotomayor Valdés y Walker Martínez, resulta claro que su obra es hija de su tiempo. Es éste el que la define en sus contornos, impeliéndolos a buscar en el pasado antecedentes que vindiquen sus respectivas adhesiones ideológicas, sacudidas por los avatares de la coyuntura.

La interpretación conservadora de la historia nacional se construye al fragor de un proceso de cambios políticos y culturales de profundo impacto. La legitimidad republicana es un punto que no se halla en discusión durante la coyuntura crítica de las décadas de 1860 y 1870. Sin embargo, la sustancia de lo republicano está en un proceso de polémica, ya que se están redefiniendo en la época dos de los pilares fundamentales de los primeros años de funcionamiento de la república: el rol de la Iglesia en términos sobre todo culturales, en el marco de un proceso de secularización que es parte integrante del despliegue de la modernidad y, por otra parte, la naturaleza del funcionamiento del sistema político y el cambio de eje protagónico en éste, bajo la figura de la disminución de la majestad presidencial y el fortalecimiento del poder legislativo como foro de mediación de los poderosos intereses cohesionados durante los primeros ciclos expansivos de nuestra economía nacional. En este contexto debe entenderse la historiografía revisada.

Creemos que, pese a lo señalado, sería una visión parcial deducir solo de su marco histórico todo el significado de la historiografía aludida. Hay en ella una inevitable reverberación de una conciencia católica y tributaria de la figura de autoridad, que se encuentra en polémica con el poderoso ariete de la historiografía liberal. Sin embargo, nos parece interesante destacar que hay principios de juicio y proceder historiográfico que se encuentran asimilados profundamente por los autores vistos. Tales principios son llevados a la práctica con resultados diversos. No obstante, subyace a esta tendencia historiográfica conservadora una cierta *ética de la investigación histórica* que le permite incorporarse con todo merecimiento al conjunto de la tradición historiográfica nacional.

Antes que hablar de una escuela historiográfica conservadora chilena, nos parece que se puede individualizar una interpretación conservadora de la historia nacional en las décadas de 1860 y 1870. No hay escuela histórica, ya que no hay un trabajo conjunto y centrado en torno a una autoridad académica que aúne a los conservadores ni a un espacio de discusión programática propio.

De hecho, Errázuriz se encuentra, en lo que respecta al intercambio y discusión de fuentes, inmerso en un circuito que lo vincula directamente con los historiadores liberales Vicuña Mackenna y Barros Arana, con quienes, pese a las diferencias ideológicas, mantiene estrecho contacto.

No detectamos, como hemos dicho, propiamente una comunidad historiográfica conservadora, pese a algunas relaciones cruzadas (afortunado término para la índole de los protagonistas...) entre nuestros historiadores. Walker Martínez cita en sus textos a Sotomayor Valdés como autoridad. Curiosamente, el propio Walker Martínez protagoniza una polémica contra Errázuriz cuando, como alumno de cursos superiores del Colegio San Ignacio, auxilia al padre Villalón en su polémica con el prelado e historiador acerca de Luis de Valdivia y su plan de Guerra Defensiva.

Por todo lo indicado, cabe más bien referirse a una interpretación conservadora de la historia nacional que a una escuela histórica conservadora en el Chile de los años 60 y 70 del siglo XIX.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Araneda Bravo, Fidel. "Don Ramón Sotomayor Valdés", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n°9, Santiago, 1937, pp. 116-133.
- Araneda Bravo, Fidel. *El Arzobispo Errázuriz y la evolución política y social de Chile*. Santiago: Editorial Jurídica, 1956.
- Brahm García, Enrique. *Tendencias críticas en el Conservantismo después de Portales*. Santiago: Editorial Universitaria, 1992.
- Bourdé, Guy y Martin, Hervé. *Las escuelas históricas*. Madrid: Akal, 1992.
- Collier, Simon. "Conservantismo chileno, 1830-1860. Temas e imágenes", en *Nueva Historia*, n° 7, Londres, 1982, pp.143-163.
- Cristi, Renato y Ruiz, Carlos. *El pensamiento conservador en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 1992.
- Cruz, Pedro Nolasco. *Don Carlos Walker Martínez*. Santiago: Imprenta y Litografía Barcelona, 1904.
- Encina, Francisco Antonio. "Breve bosquejo de la literatura histórica chilena", en *Atenea*, n° 291-292, Concepción, 1949, pp. 27-68.
- Encina, Francisco Antonio. *La Literatura Histórica Chilena y el concepto actual de la historia*. Santiago: Editorial Universitaria, 1997 [1ª edición: 1935].
- Errázuriz, Crescente. *Los orígenes de la Iglesia Chilena. 1540-1603*. Santiago: Imprenta del Correo, 1873.
- Errázuriz, Crescente. *Algo de lo que he visto*. Santiago: Editorial Nascimento, 1934.
- Errázuriz, Crescente. *Estudios históricos. Obras de Crescente Errázuriz* (Selección y notas de Raúl Silva Castro). Santiago: Editorial Zig-Zag, 1936, tomo II.

- Errázuriz, Crescente. "Una controversia sobre la religiosidad de O'Higgins", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 23, 1942, pp. 75-80.
- Fueter, Eduard. *Historia de la historiografía moderna*. Buenos Aires: Editorial Nova, 1953.
- Galdames, Luis. "Crescente Errázuriz como historiador", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n° 76, Santiago, 1932, pp. 8-22.
- Sotomayor Valdés, Ramón. *Historia de Chile bajo el gobierno del General D. Joaquín Prieto*. Santiago: Imprenta Esmeralda, 1900-1903, 4 volúmenes.
- Sotomayor Valdés, Ramón. *El ministro Portales*. Santiago: Ministerio de Educación Pública, 1954.
- Sotomayor Valdés, Ramón. "Noticias autobiográficas", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n° 20, 1953.
- Villalobos, Sergio. *Portales, una falsificación histórica*. Santiago: Editorial Universitaria, 1989.
- Villalobos, Sergio. "Una vida y una obra" (estudio introductorio), en Diego Barros Arana, *Historia General de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 2000. Tomo I, pp. I-XXXIX
- Walker Martínez, Carlos. *Portales*. París: Imprenta Lahure, 1879.
- Walker Martínez, Carlos. *Historia de la Administración Santa María*. Santiago: Imprenta de El Progreso, 1890, 2 volúmenes.
- Woll, Allen: *A functional past. The uses of history in nineteenth-century Chile*. Louisiana State University Press, 1982.